

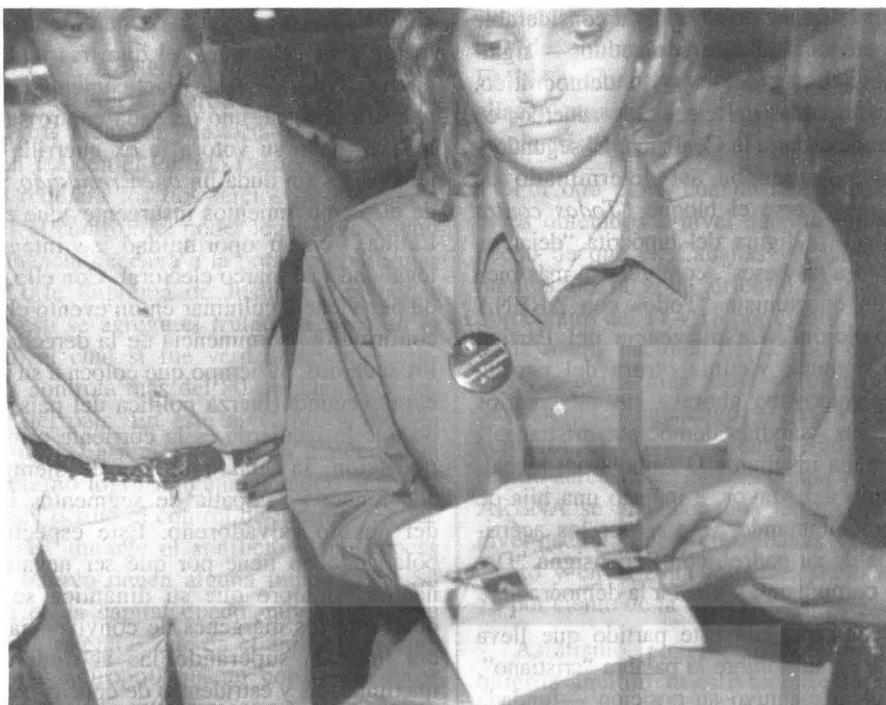
Democracia de baja intensidad. Derecha fraudulenta, izquierda defraudante

ARENA buscó el *knock-out* en el primer *round* y, pese a todas los trucos y “cacherías”, no lo consiguió, sino que fue preciso ir a una segunda ronda. Ha quedado claro que no hemos presenciado una velada de fina esgrima boxística, donde brilla el respeto a las normas deportivas, sino un espectáculo brusco y marrullero, en el cual ARENA hubiera debido ser descalificado si no fuera que el árbitro, que llevaba a la espalda las letras TSE, decidió “hacerse de la vista gorda” frente a todas las irregularidades y argucias del veterano púgil, maestro de la pelea sucia. La corresponsabilidad del Tribunal Supremo Electoral (TSE) en la falta de pureza y en el irrespeto de las reglas democráticas ha quedado evidenciada y fehacientemente comprobada por diversos comentaristas y analistas, por lo que no vamos a repetir aquí la lista de irregularidades que se detectaron¹. Al respecto, conviene señalar que la sustitución del servil e ineficaz Consejo Central de Elecciones por el nuevo Tribunal Supremo Electoral, se revela como uno de los puntos débiles del Acuerdo de paz. Efectivamente, no es posible apreciar mayor diferencia cualitativa en la conducta de ambos organismos, a excepción de que el aumento cuantitativo de tres a cinco magistrados no ha tenido otro efecto más que aumentar asimismo la mediocridad, la ineptitud y la sospechosa incapacidad de la institución llamada a organizar y asegurar la limpieza de los eventos electorales.

La desesperada impaciencia arenera por

hacerse con el triunfo en la primera vuelta de las elecciones presidenciales era lógica. Aunque en su propaganda ARENA decía que su objetivo es la continuidad de la obra iniciada por el gobierno de Alfredo Cristiani, en realidad, éste, en el período de 1989 a 1994, no consiguió concretar gran cosa de su proyecto de corte neoliberal. Hacerse con el poder ejecutivo cinco años más va a permitir dar inicio a la implementación de su *programa de modernización capitalista*. En su análisis debe haber quedado claro que esta meta era mucho más fácil de alcanzar en una primera, que no en una segunda vuelta electoral, cuando sólo dos bloques se enfrentan y el electorado es puesto en situación de definirse a favor o en contra de ARENA. Los riesgos para el partido en el gobierno de que la oposición reviviera su anterior alianza en torno al concepto “*Todos contra ARENA*”, eran evidentes.

Ahora bien, dado el importante aumento demográfico, el retorno de muchos salvadoreños que permanecieron en el exilio durante las contiendas electorales anteriores y el menor temor de la población en las actuales condiciones de paz, era previsible un incremento grande del número de votantes efectivos, por lo que ARENA debería aumentar muy considerablemente su caudal electoral anterior para poder proclamarse vencedor en la primera ronda. En 1989, la fórmula de ARENA, encabezada por Alfredo Cristiani, se alzó triunfante en la primera vuelta con el 53.8 por ciento, correspondiente a un total de 505,370 votos —el mejor resultado electoral de su his-



toria—, mientras que en 1994, con un padrón de 2,700,000 electores, el partido en el gobierno debería teóricamente alcanzar 1,350,000 votos para asegurarse la mitad más uno y poder así evitar la disputa en una segunda vuelta. La meta de casi triplicar sus votos constituía un reto difícil, que volvía prácticamente imposible la aspiración arenera, si es que se daba la tan pronosticada participación masiva del electorado salvadoreño en las (mal) llamadas “elecciones del siglo”.

De ahí que sea lógico deducir una decisión estratégica del partido gobernante, en el sentido de hacer lo posible y “lo imposible”, lo lícito o incluso lo ilegal, con tal de *reducir drásticamente la participación* efectiva del electorado. El 47 por ciento de ausentismo de la primera vuelta, según el dato oficial del Tribunal Supremo Electoral, indicaría que el objetivo de tal estrategia habría sido alcanzado. Sin embargo, ARENA obtuvo oficialmente el 49 por ciento de los votos válidos, escasamente por debajo de la mayoría absoluta: aunque anduvo cerca, la meta no pudo ser alcanzada. Podría decirse entonces que la estrategia arenera de la primera vuelta *triunfó y fracasó* al

mismo tiempo; obtuvo en gran medida su *objetivo*, pero no la *meta*. De ahí la inicial mezcla de sentimientos entre sus militantes —que el 20 de marzo esperaron largamente el inicio de la convocada fiesta de celebración del triunfo, la cual fue finalmente suspendida—, que oscilaron entre el triunfalismo y la frustración. También la dirigencia arenera mostró dicha ambivalencia contradictoria, pues mientras unos llamaban a revalidar su victoria en una segunda vuelta “arrolladora”, otros preferían evitar el riesgo de una derrota, ofreciéndole a la Coalición negociar su retiro de la contienda a cambio de concesiones en el reparto de las cuotas de poder. Finalmente, este intento de componenda, esta maniobra antidemocrática, contraria al espíritu y a la letra de la ley electoral, quedó desechada².

El partido gubernamental se dedicó entonces a convencer y a “comprar” voluntades entre los dirigentes de los partidos opositores y de ciertas organizaciones sociales, a fin de evitar en la segunda vuelta un temible bloque anti-ARENA, que hiciera tambalear sus aspiraciones presidenciales. El éxito de esta maniobra arenera —respaldada por sus

grandes recursos financieros y por su considerable ventaja respecto al siguiente competidor— significó una nueva burla del espíritu democrático, concertando a espaldas del electorado acuerdos en la cúpula a fin de aislar a la Coalición. El segundo y definitivo *round* quedaba así determinado de antemano al deshacerse el bloque “*Todos contra ARENA*” y, bajo la figura del hipócrita “dejar en libertad de voto a las bases”, configurarse más bien su opuesto, un oportunista “*Todos con ARENA contra la Coalición*”. La dirigencia del Partido Demócrata Cristiano, víctima otrora del partido gubernamental, apoyaba ahora a sus adversarios tradicionales; las “sandías demócrata cristianas”, como los llamaba insultante D’Aubuisson, respaldaron al partido del Mayor, e incluso una hija de Duarte apareció llamando a votar por los acérrimos enemigos de su padre³, con la consigna “*Demos un no al comunismo y un sí a la democracia*”.

En gran contraste con este partido que lleva impropriamente en su nombre la palabra “cristiano”, la Iglesia católica mantuvo su posición —fundada en principios morales y no en consideraciones políticas coyunturales—, recordando los asesinatos de monseñor Romero y de los jesuitas, y pidiendo a la ciudadanía un voto a favor de la paz y *en contra de los responsables* de la violación de los derechos humanos y de la impunidad. “El futuro de El Salvador —dijo explícita y claramente el arzobispo de San Salvador, Arturo Rivera y Damas— no se puede construir en la mentira, la prepotencia, la corrupción, la represión, el odio y la injusticia” (ver documentación al final).

No es de extrañar entonces que el Partido Demócrata Cristiano haya quedado relegado a una tercera posición, alejándose así las posibilidades de una recuperación tras su desastre electoral de 1988 y 1989, pues al desgaste que sufrió por los escándalos de corrupción cuando fue partido de gobierno, se agrega ahora el escándalo de sus graves disensiones internas, por rivalidades y disputas entre los distintos dirigentes partidarios, y su acentuada indefinición ideológica y política. El hundimiento del centro político, cuyo eje se ubica en la democracia cristiana, favoreció indudablemente el ascenso de la izquierda a una cómoda segunda posición. La Coalición —y, en especial,

el FMLN— tiene motivos para sentirse relativamente satisfecha pues, el que tras una década de guerra civil y de estar prácticamente ausente de la palestra política, uno de cada cuatro salvadoreños le haya dado su voto a la *ex* guerrilla y, o a sus aliados, es sin duda un *buen resultado*, superior al de otros movimientos insurgentes que en América Latina, en su oportunidad, se integraron a la legalidad y al marco electoral. Con ello, el proceso de paz viene a culminar en un evento electoral que confirma la preeminencia de la derecha que firmó los acuerdos, al tiempo que coloca a su contraparte como segunda fuerza política del país, reafirmando que la izquierda es la corriente principal de la oposición, la cual contó desde siempre con la adherencia y simpatía de segmentos importantes del pueblo salvadoreño. Este espectro político polarizado no tiene por qué ser negativo para la nación, siempre que su dinámica se mantenga dentro de los márgenes de convivencia y tolerancia mutuas, superando las actitudes sectarias, maximalistas y estridentes de épocas pasadas.

Ahora bien, aunque desde una perspectiva histórica el balance electoral no es negativo para la izquierda, sino que representa un importante paso que abre buenas perspectivas para el desarrollo de la opción que representa, sí cabe señalar que los resultados están lejos de las metas que se había propuesto la Coalición. ARENA ha perdido su anterior mayoría parlamentaria sólo desde un punto de vista formal, pues en la realidad política, dado el sometimiento del Partido de Conciliación Nacional a la hegemonía arenera, debe contarse con que cederá al partido gobernante el apoyo prácticamente incondicional de sus 4 diputados. Por otra parte, para hacer mayoría calificada a ARENA le bastará llegar a acuerdos con el Partido Demócrata Cristiano, sin tener que concertar con la izquierda, por más que ésta sea la principal fuerza opositora y además constituya políticamente la oposición real. Es decir, el escenario postelectoral que se ha configurado se asemeja mucho al segundo escenario que describíamos en otro comentario (ver *ECA*, 543-544), según el cual ARENA está en capacidad para imponer sus criterios y en el cual el autoritarismo y la prepotencia, más que el diálogo y la concertación,

tienen más probabilidades de predominar.

De tal forma, ARENA, con llegar a compromisos, bien sea con el Partido de Conciliación Nacional para alcanzar mayoría parlamentaria simple, bien sea con el Partido Demócrata Cristiano cuando requiera los dos tercios de los votos, puede tener el control del poder legislativo y, con él, una influencia decisiva a la hora de conformar la nueva Corte Suprema de Justicia o el poder judicial. A eso se agrega el triunfo arenero en el poder local, el cual sí fue verdaderamente arrollador, pues controla más del 80 por ciento de los municipios del país. En este nivel fue grande la frustración de las aspiraciones de la izquierda: la Convergencia no logró ninguna alcaldía, mientras que el FMLN perdió el control de localidades que "fueron suyas" durante el conflicto y muy pocas de las que obtuvo tienen alguna importancia. Su candidatura en la capital quedó muy atrás de su rival arenero⁴, mientras que en el anillo periférico o en la zona metropolitana no consiguió ganar ninguno de los once municipios que lo integran⁵. En gran medida, cargan con la responsabilidad por esos pobres resultados las dirigencias, que en muchos casos seleccionaron muy torpemente a los



candidatos y, lo más decisivo, que no fueron capaces de concretar acuerdos para ir coaligados FMLN y Convergencia o para incorporar en una alianza municipal y, o parlamentaria a la democracia cristiana.

Por otra parte, cuando se comparan los resultados obtenidos a nivel departamental, destaca el hecho de que en Cabañas y en los tres departamentos de la zona oriental se hayan obtenido porcentajes del 17 y 18 por ciento, muy por debajo de la media nacional del 25 por ciento, mientras que las cotas más altas se obtuvieron en San Salvador, Chalatenango y San Vicente, cerca o superior al 30 por ciento. Esta tendencia se repitió acrecentada en la segunda vuelta, en la cual ARENA se alzó con dos tercios de los votos a nivel nacional, pero en Cabañas alcanzó el 80 por ciento y en la zona oriental estuvo alrededor del 75 por ciento de la votación.

Asimismo, en el resultado global de la izquierda incidió negativamente la debilidad de Convergencia Democrática, la cual aportó un caudal de votos inferior a lo que era dable esperar. En la asamblea, este partido sólo consiguió un diputado. Todo ello muestra lo mal que funcionan electoralmente las opciones de centro-izquierda en El Salvador así como la falsedad de la tesis que defendían algunos líderes del FMLN, en el sentido de que convenía conectar con los indecisos, dibujar el perfil de izquierda y correrse hacia el centro del espectro político. Las realidades han desmentido con bastante contundencia tales análisis y argumentaciones, lo cual debería meditarse con serenidad y espíritu autocrítico, así como valorar el hecho de que el contrincante principal, ARENA, lejos de presentar una estrategia de moderación, se comportó de forma beligerante, lo cual nadie puede decir que le haya restado votos, sino más bien todo lo contrario.

Con distintos matices y énfasis diferenciados, lo cierto es que, en su conjunto, la campaña del FMLN se orientó hacia la moderación, incurriendo incluso en situaciones de ambigüedad e indefinición —tal como desde las páginas de ECA se señaló alguna vez—, por lo que la crítica debe hacerse extensiva a todo el Frente, así como la necesidad de rectificación. Esa actitud le llevó a no

cuestionar a fondo el proyecto neoliberal de la derecha, ni a esforzarse por presentar un planteamiento alternativo. Asumir la política de ajuste estructural, añadiéndole la coletilla “con rostro humano”, como hizo la izquierda, no puede pretenderse que nadie lo vaya a interpretar como una alternativa a lo que hoy por hoy constituye el núcleo central del proyecto neoliberal⁶. Plantear un mayor énfasis en el impulso de las políticas sociales (vivienda, salud, educación, etc.) tampoco es en sí misma una alternativa⁷. Incluso el lema central de la Coalición —“Primero la gente”— refleja la “flojera” general con que la izquierda se presentó a estas elecciones, limitándose a traducir la consigna *People first* que manejó el Partido Demócrata en la campaña electoral del actual presidente norteamericano Bill Clinton.

En conclusión, aunque para algunos resulta lógicamente frustrante o incluso incomprensible que una mayoría de la población salvadoreña se haya abstenido o le haya dado el voto a ARENA, antes de acusar de “alienadas” a las masas populares o de decepcionarnos con el pueblo trabajador, conviene examinar hasta qué punto la propia izquierda —ésta que hasta hace poco se llamaba “vanguardia”— *defraudó* a las mayorías populares. Cuando los partidos de izquierda no han sido capaces de estructurar opciones reales al proyecto de la derecha y de ofrecer al electorado alternativas entre las cuales optar, el sufragio se reduce entonces a elegir quién va a administrar el programa, pues éste es básicamente el mismo. Visto de esa forma, resulta incluso lógico el elevado ausentismo y el caudal electoral que obtuvo ARENA.

Ante esa realidad, a la izquierda se le ofrece la oportunidad de desarrollar ahora un buen papel en la oposición, mientras que si hubiera conquistado el ejecutivo en 1994 corría el riesgo de, por haber llegado al gobierno sin una estrategia muy definida, terminar haciendo una política excesivamente complaciente con el capital, con los organismos financieros internacionales y con el poder militar. En otros países, cuando llega al gobierno, la izquierda hace política de derechas, lo cual es lo peor que le puede ocurrir al pueblo, a su base social y a la propia izquierda. Para decirlo radical-



mente: si no hay más alternativa que soportar políticas gubernamentales de derecha, mejor tener a la derecha en el gobierno. ¡Que ella pague los costos del neoliberalismo y se desgaste! Mientras tanto, la población trabajadora mantiene su esperanza en el cambio y dispone de una izquierda en la oposición, fortaleciéndose y preparándose para pasarle la factura electoral a sus adversarios en la siguiente cita, en la cual puede presentar una alternativa real al programa neoliberal.

Ojalá sea ésta la lección que extraigan los partidos de la Coalición al momento de hacer su balance y sacar conclusiones de su desempeño electoral: es necesaria mayor claridad y radicalidad en sus planteamientos. La indefinición y la ambigüedad deben ser superadas. Es urgente la conceptualización y elaboración de un programa que sea coherente con la nueva realidad del país, pero que también tienda a trascender el actual marco del dominio exclusivo del gran capital. Si en lugar de adoptar esta orientación, la izquierda se deja arrastrar nuevamente por las voces que incesantemente claman en su propio seno por más moderación, por ganar credibilidad con los empresarios y simpatías en los centros de poder de

Estados Unidos, y por situarse como una fuerza de centro, la izquierda corre el peligro de diluirse en un perfil amorfo, sin interlocutores definidos ni atractivo político. Eso dejaría a la base social potencial, a las mayorías populares, sin opción política propia y al país con un sistema de partidos adaptado a lo que ya se está perfilando como una posible estrategia del conservadurismo: la democracia “de baja intensidad”, más desmovilizadora que la anterior estrategia de “guerra de baja intensidad”, que nos fue impuesta durante la década pasada.

R. R.

Notas

1. Queremos sólo subrayar que las irregularidades cometidas por el TSE fueron de todo tipo: desde la manipulación dolosa de programas y datos en el centro de cómputo oficial —delicada responsabilidad inexplicablemente adjudicada a una empresa de informática, propiedad de un familiar de un alto dirigente de ARENA—, hasta el diseño mismo de la votación, caracterizado por observadores internacionales como “un caos planificado” —por ejemplo, en la primera vuelta, en la Feria Internacional fueron convocados más de 110,000 electores, provocándose la previsible aglomeración de personas y el caos vehicular, que desalentó a una buena parte de los votantes.
2. Dejando en evidencia a algunos políticos, no sólo de ARENA, como fue el caso de Juan Ramón Medrano —que ostenta el cargo de portavoz oficial del FMLN— quien, hablando en nombre de su partido (ERP), se adelantó a declarar que el punto era “negociable”. Más tarde, su propio responsable, Joaquín Villalobos, se vio en la necesidad de distanciarse públicamente de esa posición, inicialmente expresada por su compañero de fracción y actual diputado electo.
3. “Ese viejo sidoso”, lo había calificado el mayor D’Aubuisson, antes de caer asimismo fulminado por el mismo tipo de cáncer que truncó prematuramente la biografía política de Napoleón Duarte, personalidad controvertida y mesiánica, pero indiscutiblemente un político y un estadista de gran talla que, posiblemente, no hubiera permitido que su partido fuera manipulado de esa forma por ARENA.
4. A pesar de la fuerte apuesta que hizo, “quemando” la posibilidad de tener como jefe de fracción parlamentaria a un líder de la garra y capacidad que ha demostrado poseer Schafik Handal, quien queda ahora como perdedor frente al personaje gris de segunda fila que es Mario Valiente, amparado por el fuerte aparato electoral de ARENA.
5. Era razonable esperar un triunfo del FMLN en alguno de esos municipios con tradición combativa y fuerte implantación de la izquierda: San Ramón, Mejicanos, Soyapango, Ciudad Delgado, etc.
6. En la mayoría de países latinoamericanos, el neoliberalismo, en la práctica, no ha conseguido pasar de esa —supuestamente primera— etapa de los llamados programas de ajuste estructural. En general, los efectos han sido tan desastrosos que los propios Estados Unidos y las agencias financieras internacionales están planteando que América Latina debe abandonar ese esquema.
7. El gobierno de Cristiani, mal que bien, ha venido actuando en esas áreas, por medio del millonario presupuesto con que la comunidad internacional dotó al Fondo de Inversión Social. Su presidente, Roberto Murray Meza fue consultado en su momento por el FMLN para explorar su disposición a aceptar la candidatura presidencial por este partido.